



LECTURA ORANTE 2º DOMINGO DE PASCUA (B)

Domingo 7 de abril de 2024
Señor, te hemos reconocido resucitado,
danos tu paz para la misión.
Juan 20, 19-31

1. Oración inicial

Padre de nuestro Señor Jesucristo,
te alabamos y te damos gracias
porque nos has dado a tu Hijo Resucitado
que vive presente en nuestras comunidades.
Danos la gracia de verlo con los ojos de la fe,
para que él nos una en “un solo corazón y una sola alma”.
Su presencia viva entre nosotros
nos mueva a ser con él, pan de vida, los unos para los otros,
para que nadie entre nosotros viva en necesidad
de alimento o de amor o de ayuda en la dificultad.
Te lo pedimos por medio de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

2. Preparación

- Nos reunimos en el lugar que hemos preparado para encontrarnos como familia.
- Ponemos una Biblia abierta en Juan 20, 19-31, flores, una cruz y una imagen de la Virgen.
- Un miembro de la familia invita a poner en común cómo estamos, cómo llegamos a este encuentro, qué esperamos de este día en que celebramos la presencia de Jesús entre nosotros y qué frutos aguardamos para nuestra vida.
- Luego dice la oración inicial.

3. Lecturas

- Hechos de los Apóstoles 4,32-35. Los primeros cristianos creían que el Señor Resucitado vivía entre ellos, por eso se sentían “un solo corazón y una sola alma” y compartían con los necesitados.
- 1 Juan 5:1-6. Quienes creen en Dios y en Jesucristo Resucitado también aman a sus hermanos. Pertenecen a la familia de Dios, aun cuando a veces los otros parezcan parientes lejanos.

a) Una clave de lectura:

Creemos que Cristo ha resucitado y vive para siempre por el testimonio que nos ha legado la comunidad cristiana. No creemos en Él por iniciativa personal ni por mera imaginación. Él se nos ha hecho visible a través de la comunidad creyente. Lo vemos presente en ella, en los hermanos sufrientes y necesitados de liberación. Lo oímos a través de la Palabra contenida en la Escritura, en la oración personal y comunitaria y en el servicio. Lo experimentamos vivo de tal modo que lo escuchamos y le hablamos como de amigo a amigo, de corazón a corazón. Tocamos sus heridas en los hermanos heridos por la vida, en sus cuerpos o en sus corazones. Lo encontramos en nuestras propias tristezas, en nuestras alegrías y en las alegrías de los hermanos. Esto nos señala que Jesús está vivo en nuestra comunidad cristiana. Pidamos al Señor que lo encontremos vivo y presente en todos y cada uno de nosotros.

b) Texto: buscamos Juan 20, 19-31 en nuestra Biblia. Un miembro de la familia proclama el texto.

4. Para acoger la Palabra

- Hagamos un momento de silencio orante para que la Palabra de Dios entre en nuestro corazón e ilumine nuestra vida.
- Volvamos a leer el texto y hagámonos parte de la escena. Entremos en ella como si

fuéramos un personaje más del relato. Miremos la escena con los ojos de nuestra imaginación y gustemos de lo que vemos y oímos.

- Pongamos en común lo que la lectura del texto nos sugiere.
- Podemos repetir la frase o la palabra que nos ha llamado la atención o nos resulta más significativa.

5. Breve comentario del texto

a) Una división para ayudar a la comprensión del texto

- a. 20,19-20: Jesús se aparece a los apóstoles
- b. 20,21-23: Jesús infunde el Espíritu para la misión
- c. 20,24-26: Ocho días después, Jesús se aparece a Tomás
- d. 20,27-29: Diálogo de Jesús con Tomás
- e. 20,30-31: Finalidad del evangelio de Juan

b) Comentario

a. Juan 20, 19-20: Jesús se aparece a los apóstoles. En su aparición, Jesús muestra los signos de la cruz. Esta escena es rica en símbolos. Los discípulos están viviendo un día extraordinario. Es el día siguiente al sábado, día del reposo en el mundo judío, el día del Señor para la comunidad cristiana. La indicación temporal más que una precisión del momento del día parece una indicación de la semioscuridad interior en que se encuentran los discípulos. Están encerrados, perplejos y llenos de miedo por lo que les pueda suceder. En este contexto vital, se presenta el resucitado que, siendo reconocible, no está sujeto a las leyes ordinarias de la vida humana y puede romper las puertas cerradas del mundo y del corazón y derribar todos los miedos. El recién llegado saluda con el saludo de la paz mesiánica con el que se cumplen las promesas de Dios y la liberación de todo miedo; es el tiempo de la victoria sobre el pecado y la muerte, el tiempo de la reconciliación. Todo esto es fruto de su pasión y don gratuito de Dios. La palabra del Señor realiza lo que dice, por lo

que, al pronunciar el saludo, la paz inunda el corazón de los discípulos. Jesús refuerza con pruebas evidentes y tangibles que es Él el que ha sido crucificado. Mostrar las heridas indica que la paz que Él ofrece viene de la cruz. Las yagas son parte de su identidad de Resucitado. Las heridas de la cruz acompañan a Jesús por la eternidad. Son el recordatorio permanente de su pasión salvadora. Los discípulos se alegraron de reconocerlo resucitado. Es la alegría mesiánica, fruto del don de la paz.

b. Juan 20, 21-23: Jesús infunde el Espíritu para la misión. La fuente de la misión es el Padre que envía a Jesús y a los discípulos con la misma misión. La misión de los discípulos es la misma de Jesús. Jesús es el primer enviado. El Hijo eterno de Dios ha sido enviado para que el mundo se salve por medio de Él y toda su existencia terrena es una manifestación de la voluntad divina de que todos se salven. El gesto de soplar sobre ellos recuerda el soplo de Dios que da la vida al hombre. El don del Espíritu siempre es el principio de nueva creación. Por medio de Jesús glorificado el Espíritu Santo se derrama profusamente en la comunidad de discípulos junto con el poder de perdonar que, es una característica de la misión salvífica de Jesús. El perdón es un imperativo. Es una acción propia de la misión, de modo que si no se lleva a cabo no hay experiencia de salvación. La referencia no se agota en la dimensión sacramental del perdón, sino que se refiere a una dimensión central del anuncio del evangelio. Para el perdón, Jesús ofrendó su vida en la cruz y da vida abundante a la Humanidad.

c. Juan 20, 24-26: Ocho días después, Jesús se presenta a Tomás. Tomás, uno de los protagonistas del cuarto evangelio, es parte de la comunidad, no estaba presente el día en que el resucitado se presentó en medio de ella. Hay una intencionalidad narrativa en resaltar su ausencia. Se destaca el contraste entre la alegría de quienes lo vieron y la duda de Tomás. Más que hablar de la situación personal de Tomás, se trata de un problema de la comunidad cristiana. El testimonio de la comunidad es rotundo. Es el testimonio de la comunidad de ese día y de todos los tiempos. Es el anuncio de los testigos oculares

con el que se alimenta la fe de los creyentes post pascuales. La reacción de Tomás es lógica porque no ha visto ni oído al resucitado. La comunidad es quien lo hace visible y audible. El encuentro con el resucitado ocurre en y con la comunidad, nunca solo ni por iniciativa propia. El testimonio es potente y abre a la posibilidad de creer. Tomás no consigue creer a través de los testigos oculares y quiere hacer su experiencia. Sin embargo, esta es posible en y con la comunidad. El evangelio es consciente de la dificultad para creer en el resucitado para quienes que no lo han visto. Tomás nos interpreta. Él está dispuesto a creer, pero quiere resolver por sí mismo toda duda, por temor a errar. Jesús no ve en Tomás a un escéptico indiferente, sino a un buscador de la verdad y lo satisface plenamente. Es por tanto la ocasión para lanzar una apreciación a hacia los futuros creyentes.

d. Juan 20, 27-29: Diálogo de Jesús con Tomás. Jesús recoge las palabras de Tomás, entra en diálogo con él, entiende sus dudas y quiere ayudarlo. Jesús sabe que Tomás lo ama y por eso le es compasivo con él, porque todavía no goza de la paz que viene de la fe. Lo ayuda para que se abra a la fe. Tomás prorrumpe en una proclamación de fe. Es la profesión de fe en el resucitado más densa de todo el cuarto evangelio. Estas han ido en aumento a lo largo de todo el texto y en este momento alcanza su cumbre. Se cierra así el círculo de proclamaciones que va desde el comienzo del evangelio de Juan. Finalmente, ver se vuelve sinónimo de creer y viceversa. Este relato contiene tres formas del verbo ver que van desde el ver orgánico al ver de la fe. El punto es ver a Jesús con ojos creyentes más que corporales. La comunidad hace posible el paso de ver con los ojos del cuerpo para ver con los ojos del espíritu. Sólo quienes se abren a esta forma de ver pueden encontrarse y creer en el resucitado. Aquí observamos el paso hacia una fe más auténtica, a la que se debe llegar sin exigencias, la fe aceptada como don y acto de confianza. Nosotros, a más de dos mil años de distancia de la venida de Jesús, se nos dice que, aunque no lo hayamos visto, lo podemos amar y creer en Él y por eso podemos anunciarlo. Para que eso

suceda se requiere del testimonio de la comunidad.

e. Juan 20, 30-31: Finalidad del evangelio de Juan. La finalidad del cuarto evangelio no es escribir una biografía de Jesús, sino mostrar que Jesús es el Cristo, el Mesías esperado, el Liberador y que de verdad es Hijo de Dios. Creyendo en Él tenemos la vida eterna. Si Jesús no es Dios, vana es nuestra fe.

6. Asumamos un compromiso para la semana. Pidamos la gracia de ver y oír al Señor resucitado presente entre nosotros y en cada hermano y hermana con quienes caminamos en esta vida.

7. Oremos con el Salmo 117,2-4.16ab-18.22-24

R/. Den gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia

Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia.
Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia.
Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia. R/.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.
Éste es el día en que actuó el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/.

Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad.
Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendicimos desde la casa del Señor;
el Señor es Dios, él nos ilumina. R/.

8. Oración final

Dios y Padre nuestro,
hemos encontrado a tu Hijo Jesús en su Palabra.
Que, con él entre nosotros,
seamos una comunidad de fe profunda
en la que el amor y el compartir
no sean palabras vacías;
una comunidad que siga soñando
con que podemos encontrarnos como hermanos
y crear juntos un futuro nuevo
en Jesucristo, nuestro Señor Resucitado,
que vive y reina contigo y también con nosotros
por los siglos de los siglos. Amén.